

CONTESTACIÓN A DOS ESCÉPTICOS

PEDRO SCHWARTZ

Universidad Autónoma de Madrid

Los dos trabajos finales tienen en común el rasgo de un escepticismo radical sobre el tipo de investigación que emprendí en mis *Nuevos ensayos liberales*. La una se contenta con relatar los distintos enfoques del liberalismo en el momento presente y todo lo más decir que el liberalismo está “evolucionando hacia el pluralismo y la flexibilidad”, sin tomarse demasiado en serio mi intento de formular un liberalismo neoclásico lo más coherente y operativo posible. El segundo constata que en la actualidad el liberalismo se ha transformado en “una ideología genérica y cada vez más única, donde se acumulan sin exigencias lógicas exaltaciones de la libertad, los derechos, el individualismo creador, la diferencia creativa, la justicia meritocrática, el mercado distributivo y otras laxas representaciones”; y tampoco cree que yo lo haya sacado de su crisis post-moderna con mi personal presentación de bases filosóficas.

El trabajo de la doctora López de la Vieja es sin duda muy útil como repertorio de ampliación de lecturas sobre la filosofía política liberal. Bastantes de las referencias que recoge me eran desconocidas y van a servirme de ayuda para profundizar en este campo. Dentro de las múltiples formas que adopta la ideología liberal, aclara que yo he intentado defender un “liberalismo

- basado en la neutralidad”;
- “de tipo 1, no comprometido con ningún proyecto nacional, cultural o religioso”;

- que prime la autonomía individual, el respeto del prójimo y la solidaridad privada;
- que haya corregido un excesivo optimismo educativo y “abandonado la creencia en una Ilustración sin límites”;
- “de carácter negativo”, en la terminología de Berlin;
- contrario al reconocimiento como derechos de los beneficios sociales que pretende suministrar el Estado de Bienestar, incluida la mal llamada igualdad de oportunidades.

Quien haya leído mis *Nuevos ensayos* no se sorprenderá de esta lista. Me gustaría, sin embargo que la autora se comprometiera en la “discusión sobre los derechos humanos, sobre el sistema democrático, sobre el liberalismo, sobre los ciudadanos, sobre el significado de lo político”. Recuerdo que un catedrático de Derecho administrativo cuyas enseñanzas tuve que sufrir, decía en más de una ocasión: “la doctrina alemana dice que sí, la doctrina italiana dice que no, y la cátedra dice que pshé...”

La crítica del profesor Bermudo es aún más destructiva. Primero constata las dificultades de fundamentación filosófica del programa liberal. Luego presenta al liberalismo como una filosofía más atractiva desde la oposición que desde el Gobierno, es decir, una ideología que cuando se convierte en canon de gobierno cae en todas las ilusiones y antinomias de la razón cuando se pretende metafísica. El liberalismo es una reacción romántica y desordenada que resulta simpática porque llama al hombre a desobedecer y a rebelarse. La fundamentación del liberalismo es la crisis de todo fundamento filosófico. Pues bien, contra ese tipo de liberalismo vacío, fofo, genérico, blando y sin timón he luchado toda mi vida, porque supone abdicar de la razón crítica, olvidar conocimientos científicos arduamente conseguidos, abandonar la ética de la autonomía personal y la responsabilidad y exponerse a la invasión de bárbaros de toda clase. “La fantasía abandonada de la razón produce monstruos, unida con ellas es madre de las artes y origen de maravillas”.

No me sorprende aunque me alarme, que para Bermudo el fundamentar una ideología o modelo social exige primero “explicitar la opción política de la que uno parte y luego exponer la concepción del mundo, de la historia, del saber, del hombre consistente con la opción política; y no a la inversa”. ¿Y si la opción política de la que uno parte quedara luego abandonada por otra, visto lo que el mundo, la historia, el saber y la naturaleza del hombre nos haya enseñado en el curso de nuestros estudios? Esa postura de que no hay verdad sino ideología y que el elegir entre ideologías es una opción política me recuerda los argumentos de los

marxistas del tiempo del socialismo real. Si las cosas fueran así, no cabría otra vida social que la de guerras ideológicas interrumpidas por breves armisticios durante los cuales rearmarse. La razón de ser de las instituciones fundamentales del liberalismo desaparecería. Tomemos dos: el jurado y la Universidad. Los doce hombres buenos se reúnen para escuchar y ver las pruebas aportadas y criticadas para que decidan si un inocente es después de todo culpable; si se acepta y excusa que puedan decidir a favor o en contra del acusado por el color de su piel, o porque es proletario, o porque es judío, la institución se derrumba. La comunidad de profesores y alumnos existe para intentar descubrir la verdad o al menos desterrar el error por medio de la argumentación crítica y la contrastación con los hechos; si lo que decide es el carácter políticamente correcto de las hipótesis, entonces Lisenko tenía razón frente a Mendel.

En lo que ya no sé si tiene razón el profesor Bermudo o la tengo yo es en si he logrado encontrar algún fundamento filosófico para el liberalismo neoclásico en mis incompletos estudios de teoría del conocimiento, de antropología, de economía y de lógica de la decisión social. No cabe duda de que mis conocimientos filosóficos no son todo lo profundos que deberían ser. Es posible que me equivoque cuando crea haber mostrado que las conclusiones de esos cuatro saberes son coherentes con una organización social basada en

- la autonomía individual,
- la libertad de pensamiento y de crítica,
- el reconocimiento de variedad y posible incompatibilidad de las ideas morales,
- la comparación de valores por el método del coste de oportunidad,
- la hermandad fundamental de la especie humana,
- la neutralidad del Estado,
- la flexibilidad del mercado para responder a tecnologías y gustos cambiantes,
- la soberanía del consumidor y la carrera abierta al talento.

Lo que no es cierto es que yo haya presentado a mi gusto y conveniencia las conclusiones de la epistemología, la antropología, la economía y la lógica de la decisión, para que cuadraran con mis prejuicios liberales; ni tampoco que mis argumentos se reduzcan a una apelación a la autoridad de este o aquel maestro. Mi vida habría sido mucho más fácil si en vez de dejarme convencer por mis lecturas y meditaciones, hubiera seguido ciegamente una de las ideologías al uso, y si en especial, me hubiese dejado llevar por la corriente del pensamiento blando y social.

Leamos otra vez el último párrafo de su crítica: “Schwartz ha elegido mal, a nuestro entender, tanto su vía de fundamentación como las filosofías en que apoyarse. No en vano los liberales con más horas de vuelo han optado por fundamentar el liberalismo en su éxito. ¿Que es poco filosófico? Pues para frenar esta crítica he decretado que la filosofía ni puede, ni tiene por tarea la fundamentación. En la fase “post” lo mejor es gozar del liberalismo sin filosofía. ¿Para qué complicarse la vida?”

Pues habrá que complicársela, para encontrar algún criterio con el que elegir entre distintos tipo de liberalismo. Con el panismo de Bermudo corre uno el peligro de acabar como el asno de Buridán, que no pudo decidirse entre distintos montones de paja y al fin murió de inanición.